

“Treinta años después”: entre la academia y la política¹

Ricardo Lagos Escobar

Llego aquí ante ustedes después de treinta años y un poco más de haberme desempeñado como Secretario General de FLACSO. Los años setenta fueron momentos difíciles, sobre todo porque el diálogo entre la política y el conocimiento siempre fue una relación compleja. Lo que sucede es que el conocimiento y en particular las ciencias sociales no son sino el deseo de escrutar la sociedad a medida que va emergiendo.

Ya hace mucho tiempo, una distinguida economista, Joan Robinson, dijo que dos profesiones por excelencia, la de abogado y la de economista, eran las profesiones defensoras del *statu quo*: la de abogado por explicar por qué el sistema institucional jurídico actual es perfecto, por algo es “actual”, y la de economista por demostrar que la forma en que están organizadas las normas económicas de una sociedad son las mejores. Sin embargo, a poco andar, sea que se trate de abogados o de economistas, sociólogos o científicos políticos, antropólogos o psicólogos sociales, el tener como tema de análisis la forma en que una sociedad funciona, a la larga, lleva a señalar aquello puede funcionar de una manera distinta y mejor. Esa es la clave del conocimiento, esa es la clave del cambio. De ahí que muchas veces, el Príncipe que quiere gober-

nar según el *statu quo* para preservar su poder, choca con aquel cientista social que busca mejorar el entorno en el cual su objeto de análisis está enclavado. Esta es la razón por la cual, cuando llegan a nuestra América épocas de autoritarismo, son las ciencias sociales tal vez las primeras que sufren el embate de aquellos.

Septiembre de 1973 no fue una excepción en esta regla general. En medio de la caída de una democracia (el golpe de Pinochet) me tocó dirigir esta institución, cuya sede estaba en Chile, cuyos estudiantes y profesores venían de América Latina y también de más allá: de Estados Unidos, de Europa. Todo fue complejo y difícil. Tuvimos a estudiantes y a profesores detenidos. También tuvimos un conflicto difícil de entender, en tanto FLACSO tenía el estatus de organismo internacional y, como tal, tuvimos que exigir a las nuevas autoridades unos diplomas muy elegantes que decían que esta institución era extra territorial y que no podía ser invadida. Recuerdo esto porque en un momento, mi secretaria entra presurosa a decirme “unos señores lo buscan”, y sin que alcance a terminar la frase, entran cuatro soldados del ejército de Chile y me apuntan desde los cuatro rincones de mi oficina.

Eran tiempos complejos, pero no he llegado acá para recordar aquello, salvo para decir que ese fue el acicate que puso en movimiento la idea de si era posible consolidar la institución en Chile o tener sedes a lo largo de Latinoamérica. Este debate terminó abruptamente y la necesidad, en consecuencia, de

1 Este texto es la transcripción del discurso de Ricardo Lagos en el acto en el que FLACSO le otorgó el doctorado Honoris Causa en Ciencias Sociales. La edición y revisión final fue realizada por Edison Hurtado, editor de ICONOS. El título y los subtítulos son añadidos.

abrir sedes a lo largo de nuestra América no fue resultado de un debate intelectual altamente conversado en la academia. Fue, más bien, resultado de elementos nuevos que llegaron a interrumpir el debate académico con tareas más apremiantes como buscar sitios mejores para seguir pensando. Así fue como surgieron Flacso-Ecuador, Flacso-México y de a poco Flacso-Argentina y las demás sedes.

Treinta años después

Llego aquí después de treinta años para ver a un mundo que ha cambiado y para constatar, luego de tanto tiempo, qué pasó con aquellas certezas que entonces se afirmaban (que hoy día no existen o que difícilmente han subsistido). En esos años, en las ciencias sociales había una cierta idea de la continuidad en el desarrollo de las sociedades: había la idea de una linealidad. La tarea del investigador era, entonces, definir esa linealidad en el desarrollo de las sociedades en el mundo moderno. La idea de las etapas por las cuales transcurre cada sociedad estaba firmemente asentada y, en el debate de la época, por cierto, cuestionábamos la idea que indicaba que había cinco etapas en el crecimiento económico de una sociedad, que nos llevaban del subdesarrollo al desarrollo casi de una manera inexorable. Según esa visión, era cuestión simplemente de descubrir cuál es el elemento que dinamizaba el crecimiento, casi como el “Big-Ban” que muchos años después los astrónomos nos dijeron que era el origen del universo.

Para generar el desarrollo había que acumular e invertir. Era indispensable, pasado un cierto grado de inversión, generar el círculo virtuoso que todo economista de la época buscaba, en donde a mayor inversión, mayor crecimiento, a mayor crecimiento, mayor ahorro, y este mayor ahorro reforzaba la mayor inversión ¡Qué perfección! Y antes de todo esto, según la famosa tesis de Rosenstein-Rodan, un economista de Europa

Central, se debía dar el *Big Push*, el “gran empuje” que nos permitiría saltar del subdesarrollo al desarrollo, inexorablemente.

Otro economista aportó lo suyo y nos dijo que a medida que se inicia un proceso de desarrollo inevitablemente se acentúa la desigualdad y la distribución de ingresos, pero que no había por qué preocuparse puesto que al poco tiempo, precisamente porque continúa el desarrollo, empieza a disminuir la desigualdad como resultado de la influencia de elementos no económicos. Ese mismo economista, inspirado tal vez en algún ejemplo escandinavo, sostenía que se podía demostrar claramente que después de una etapa de desarrollo, la desigualdad inicial que se había presentado producto de la acumulación para invertir, daba paso a una política económica que apuntaba a mayores grados de igualdad. Fíjense ustedes qué mundo hermoso había, un mundo lleno de certezas. Teníamos etapas, teníamos linealidad, rompíamos en un momento la etapa del subdesarrollo, y luego íbamos a tener un mundo de mayor igualdad.

En ese clima intelectual, la sociología hizo lo suyo con el “efecto demostración”, un elemento propuesto por Rosenberry que decía que en los países subdesarrollados había una tendencia a imitar el consumo de los países más avanzados. Pero -se decía- eso era problemático ya que ese tipo de consumo afectaba infinitamente la capacidad de acumulación. Muchos años antes de Rosenberry, allá por 1920, un educador chileno también sostuvo que los chilenos éramos “civilizados para consumir y primitivos para producir”. Está claro el resultado de a dónde nos debía conducir esa ecuación...

Luego, la ciencia política también hizo lo suyo: estableció una correlación casi perfecta entre ingreso *per cápita* y nivel de democracia en una determinada sociedad. Esta estrecha correlación planteaba que si usted logra tener un mayor nivel de ingreso, consolidará la democracia casi automáticamente. Algo que, en realidad, puede ser más complejo que eso.



Lo que hoy llamamos “globalización”

Todas estas eran las certezas en torno a las cuales la ciencia social se debatía. Por cierto, los debates tenían como referencia a otras grandes categorías paradigmáticas en donde socialismo y capitalismo podían dar respuestas globales, cada uno por su cuenta. En treinta años, todo ese mundo cambió, no sólo como resultado de la caída del Muro de Berlín, sino tal vez -y esto es lo más importante- como resultado de un proceso que hoy llamamos “globalización”: un enfoque mucho mayor comparado con aquel que tenía el cientista social de hace treinta o cuarenta años atrás. En ese entonces, apenas se hacían algunas referencias a los parámetros internacionales. Algunos como Jain Silver fueron pioneros en hablar de las empresas transnacionales, pero lo hacían casi como algo adicional al elemento central de análisis que era la sociedad local o nacional.

Lo que ocurre en este período es que el cientista social empieza a cambiar el objeto de análisis: de la sociedad-país pasa a la sociedad internacional inserta en un proceso de globalización. Esta globalización empieza a plante-

arnos temas que se los debe tratar a nivel de una sociedad en particular, de un país, pero si se los quiere analizar en profundidad, habrá que hacerlo desde el punto de vista global, que es la forma que tenemos hoy de debatir, discutir y analizar, por ejemplo, el cuidado del medio ambiente o una política de desarrollo sustentable.

Treinta años atrás, cuarenta años atrás, el mundo verde apenas nacía. Del tema del medio ambiente apenas había referencia. Y ni qué decir de las pandemias que hoy día cruzan de un país a otro y no reconocen fronteras ni continentes, o de aquellos otros temas mucho más complejos y difíciles respecto de la soberanía de un país. Por ejemplo, hoy se debate si un país tiene soberanía para definir las tasas de interés, pero me temo que más importantes son aquellas cifras definidas en Wall Street o en las bolsas de Europa.

La simultaneidad de la información

En la globalización, lo nuevo -a mi juicio- no tiene que ver con el hecho de que hay más comercio, ni con el hecho de que hay mayores flujos financieros que van de un país a otro. Lo importante en la globalización es la simultaneidad de la información; eso es lo que genera el cambio de época en el cual estamos inmersos. Estoy hablando de esa información accesible al instante en Internet. Yo no sé si es adecuado decir que la tarea del cientista social hoy día es tratar de comprender este cambio epocal, pero es claro que ese cambio solo sea comparable con la invención de la imprenta hace ya más de quinientos años por Gutenberg. Imaginemos el fin del medioevo y el comienzo de los tiempos modernos, y pensemos en lo que significó la invención de la imprenta: al inicio fue clara la admiración por los libros que se producían en serie. Pero luego, unos doscientos años después de los libros en serie, a alguien se le ocurre imprimir noticias diariamente en algo que

llamamos el periódico, el diario. Y ahí, no me cabe la menor duda de que el cambio para definir la necesidad de sistemas democráticos no radica en el rey, ni en la monarquía absoluta: querer que el soberano, el pueblo, tenga la capacidad de decidir, tiene que ver con la invención de la imprenta, y por su intermedio, con el periódico. Esa es la magnitud de la imprenta. ¿Qué decir de la Internet?

Con la simultaneidad de la información y el conocimiento, ¿podremos pensar en una forma de administración distinta? ¿Vamos a volver al sistema ateniense donde todos podemos definir los grandes temas del Estado porque tenemos acceso al conocimiento que deseamos a través de este instrumento? En otras palabras, recién estamos procesando la magnitud de este cambio epocal en el mundo de las ciencias sociales. Cuando hablamos de globalización, entonces, son todas esas cosas que nos aparecen en lo inmediato, pero lo más profundo e importante es cómo vamos a captar esta tarea.

Del mercado a los bienes públicos

No llego aquí a recibir esta distinción y a plantear a los científicos sociales de hoy que este es el tema de investigación más importante. Pero no me cabe duda de que no podemos pensar que el mundo volverá a ser como fue a partir de este nuevo descubrimiento, de esta antes desconocida simultaneidad de la información a nivel mundial. Junto a esto, el científico social hoy enfrenta otro desafío: el de aquellas modas o formas de entender el desarrollo de lo social a partir de un cuerpo casi estático de conocimientos.

Quiero ser claro: si pensamos en nuestros países, no es posible plantearse al mercado como el elemento que lo define todo, sin límites. No es posible reducir al mercado, la forma, el crecimiento y el desarrollo de las sociedades. Eso es reducir una sociedad a una sociedad de mercado y dejar que los dilemas económicos y

de equidad (un valor ético que está en toda sociedad humana) los resuelva “la mano invisible”. Creo que plantear eso es un reduccionismo; y espero que a estas alturas de la historia, ese reduccionismo ya se bata en retirada.

El mercado cumple muy bien su rol en muchas áreas, pero hay otras en que reducirlo todo a éste implica cimentar una sociedad que no la construyen los ciudadanos, implica tener una sociedad construida por los consumidores. Existe una pequeña-gran diferencia: consumidores somos todos, ciudadanos somos todos. La diferencia es que si bien todos consumimos, valemos distinto según nuestra capacidad de consumir. Como ciudadanos, todos tenemos el mismo valor; una cabeza, un voto. A partir de esta definición, los ciudadanos también deciden aquellos bienes que quieren que estén al alcance de todos. Los podemos denominar como bienes públicos, lo cual no quiere decir que sean gratuitos, pero sí se puede esperar que una sociedad se organice para que esos bienes estén al alcance de cada uno de sus hijos.

Por eso es que creo que un gran debate del mundo de hoy tiene que ver con la sociedad que queremos: una a imagen y semejanza del mercado o una sociedad a imagen y semejanza de lo que quieren sus ciudadanos. En esta segunda opción, el mercado cumple su rol de asignar recursos en el campo económico, y esa asignación se hace en función de la capacidad de consumo, la cual es modificada al introducir la categoría de bienes públicos. Estos bienes públicos son los que una sociedad pone al alcance de todos.

Bienes públicos internacionales

Ahora bien, si exigimos para la sociedad, al interior de nuestros países, la existencia de bienes públicos como elemento esencial para introducir equidad frente a la inequidad que por sí sola produce el mercado, entonces, ocurre que tenemos también que plantearnos

la existencia de bienes públicos a escala internacional. ¿Puede haber bienes públicos internacionales? Me parece que sí, por ejemplo, cuando se plantea un acuerdo como el de Kyoto respecto al tema del calentamiento global. Ahí se está buscando una cierta definición de cómo podemos tener bienes públicos internacionales que queremos preservar y cuidar. No quiero entrar en temas más complejos como si podemos definir la paz como un bien público al que tenemos que ayudar internacionalmente, o si cuando queremos romper la paz a través de una acción de fuerza, eso se trata de un bien público o no, y de quién lo define como tal. Pero me parece que el bien público internacional se debe definir en el ámbito de las instituciones multilaterales que el ser humano ha definido. Es un tema de alta complejidad que aquí lo dejo planteado.

El ser humano no olvida

Por otro lado, también existe otro reduccionismo, que tantas veces lo hemos escuchado, y que nos dice: “si quieren pasar de un sistema autoritario a un sistema democrático, la única forma de hacerlo es olvidar para lograr la reconciliación”. Ese reduccionismo que nos propone dejar ciertas cosas en el pasado es un profundo error: el ser humano no olvida, es más, el ser humano no quiere olvidar para no cometer los errores que llevaron a tanto abuso. Es por eso que yo abogo por hacer los esfuerzos necesarios para no olvidar, sin venganza, sin odio, pero con la convicción de que no queremos repetir esos horrores.

Excúsenme que en este momento hable como presidente de un país que dio un paso tremendamente complejo y difícil: pese a que habíamos avanzado en algunos temas, aún quedaba un ámbito pendiente: el de aquellos que habían sufrido la cárcel y la tortura. Y es claro que, en virtud de ese reduccionismo, era mejor hacer como en otras partes y no mirar

para atrás. Sin embargo, en un momento nos atrevimos a mirar y señalar al país la magnitud de hasta donde la sociedad chilena cayó, en el sentido de caída, y hasta donde calló, en el sentido de callar. Por eso es importante recordar que luego de que se conformó una comisión presidencial con altísima autoridad moral, 35.000 chilenos y chilenas declararon en torno a las experiencias de cárcel y tortura. Al recibir este doctorado en esta institución yo quiero enfatizar en que lo que se hizo no fue para resaltar la división que nos condujo a la barbarie, sino precisamente para entender que no podemos generar divisiones que lleguen a semejantes límites, a nombre de los cuales se justificó esa barbarie. Terminamos el siglo veinte con una de tantas barbaries cometidas en nombre de otras tantas “verdades” que algunos creían tener. Esperemos que en este siglo veintiuno seamos un poco más humildes respecto de nuestras verdades, y tengamos claro que ninguna verdad justifica la magnitud de hasta donde ha caído a veces el ser humano.

Las tareas

Permítanme que pase aquí a un tema que tiene que ver con las tareas de las ciencias sociales, con aquellas tareas que se presentan cuando aplicamos distintas perspectivas de análisis para entender los cambios que suceden en nuestras sociedades, con cómo somos capaces de entender una institucionalidad democrática y consolidarla... En ese ámbito, aún tenemos -por ejemplo- una larga tarea en torno a repensar el rol del partido político. Hace treinta años, el partido político era la vía de comunicación entre el pueblo y su dirigencia; no era una forma más entre otras, era la única. El partido era la correa de transmisión, el que tenía la vinculación directa con lo que allí ocurría. Era a través del partido que podíamos procesar todas las demandas de la sociedad, y el partido debía tener respuesta ante todas y cada



una de las demandas de la sociedad. Pero lentamente empezamos a ver que hoy el partido no es todo. Hay ciudadanos que se interesan en la tarea pública, pero no están seguros de poder canalizarlo todo a través del partido. Ahora hay movimientos ambientales, hay movimientos que discuten cómo organizamos a la ciudad, a los barrios, a las juntas de vecinos, hay movimientos que nos confrontan a ver si somos capaces de aceptar la diversidad sexual, hay movimientos que nos plantean si somos capaces de terminar con la exclusión (allí están, por ejemplo, los movimientos indígenas y los movimientos feministas)... Todos luchan desde su propia óptica, y no necesariamente desde el partido. Eso no quiere decir que un partido no tome definiciones frente a estos temas, pero no es lo único.

Este es un tema clave a ser entendido cuando nos planteamos hoy en día que queremos remozar la institucionalidad democrática y la ciudadanía. Por ejemplo, intente usted hacer una obra que produzca un impacto grande en una ciudad (una gran carretera, la canalización de un río, un metro, un nuevo aeropuerto): le aseguro que tendrá a un grupo de ciudadanos que se paran y dicen *no*. Nadie

les dio carta de ciudadanía para el *no*, pero su actuación nos parece absolutamente legítima. Ese *no*, no se expresa a través del partido. En ese sentido, lo que tenemos son partidos con características distintas a las de la población, partidos de ciudadanos que tienen que interpretar a todos. Hoy en día nadie debería tener un partido en donde una elite ilustrada se asuma como aquella que sabe mejor que el resto a dónde los va a conducir.

Lo que les quiero decir con todo esto es que acá tenemos un conjunto de tareas y temas para repensar desde las ciencias sociales, ya sea desde el punto de vista de una sociedad global, o a nivel de un país o una región. Y todo ese conjunto de temas se enfrentan a varios reduccionismos que se deben combatir por el simple hecho de la vida es más compleja de lo éstos suponen. En esa medida, también hay que plantearse si somos o no capaces de acercar la democracia al ciudadano participante a través de estas nuevas institucionalidades, a través de su participación en la definición de las políticas públicas. Y uno puede apostar a que sí, a que a través de políticas públicas definidas participativamente se puede redondear la ecuación de tener crecimiento con equidad. Eso es posible ya que a diferencia de hace treinta años, hoy no tenemos un nuevo paradigma. Lo que tenemos, a lo sumo, son atisbos de ciertas experiencias que queremos señalar.

En ese sentido, Manuel Castells, el distinguido sociólogo, acaba de publicar recientemente un pequeño libro, en donde hace una comparación entre el Chile de Pinochet y el Chile pos 1990, el de la restauración democrática. Castells establece una suerte de paradigma entre uno y otro "modelo", como él los llama. Así, habla de la cultura excluyente versus la incluyente, de la cultura que maneja normas monolíticas frente a la cultura de la diversidad y, por cierto, de la cultura del mercado versus la cultura de aquellas políticas públicas definidas por ciudadanos que se

orientan a obtener mayor equidad, lo que de otra manera parece un objetivo esquivo.

Las ciencias sociales hoy

Me pregunto, por tanto, ¿esta módica ciencia social está en condiciones de poder contribuir, a través de distintos modelos (teórico y analíticos), a desentrañar los debates en los cuales nuestra América Latina se encuentra inmersa? Yo ya no hablaría de plantear paradigmas pues eso implica un deseo de poder explicar todo, y creo que hoy difícilmente podemos estar en condiciones de tener respuestas tan amplias como en el pasado. Lo que pasa es que todo esto tiene que ver con un debate de proyectos políticos. Es un debate sobre estrategias de desarrollo distintas. Y ahí yo veo un rol esencial para el cientista social de hoy. ¿Cómo puede un académico caminar por una América Latina que parece seguir y seguir buscando el alma que la una? ¿Por qué tenemos que buscar esa alma que nos une si ya tenemos un conjunto de valores que compartimos todos, como esta democracia que tanto costó conquistar, en donde hay hechos del pasado que sabemos que difícilmente volverán porque hay una democracia más madura, por ejemplo? ¿Acaso no es signo de una democracia más madura el que se pueda pensar en una dirigencia política que esté por fuera del sistema cuando éste ya no nos satisface, y de intentar otros atajos, otros caminos, independientemente de la idea que tengamos de esos atajos? ¿No es signo de una democracia más madura el que un país del tamaño de Brasil elija como presidente a un dirigente sindical que durante veinte años ejerce como líder de un sector, de un grupo, y que es capaz de dar un salto monumental para convertirse en un presidente que tiene estatura y visión nacional para todo el país? ¿No es signo de una democracia más madura el que después de tantos años un país pueda tener en la presidencia por primera vez a un

dirigente indígena? O, un ejemplo más cercano, ¿no es signo de una democracia más madura el que se pase de un presidente varón a una presidenta mujer? Allí hay una democracia más rica, que nos sorprende. Y porque nos sorprende, nos asusta. No afirmo que esta sea la panacea, pero debemos encontrar la explicación del fenómeno. Ahí está la tarea de las ciencias sociales. Si como cientistas sociales encontramos explicaciones a estas nuevas realidades, a lo mejor estamos más cerca de poder definir un común denominador desde el punto de vista de lo que somos nosotros como sociedad o como proyecto.

La academia y la política

Al recibir este doctorado, miro hacia atrás. Miro al debate de los años sesenta y setenta. Y miro también, a la par, lo que fue esa difícil construcción institucional de las ciencias sociales. Recuerdo los distintos congresos de FLACSO y de CLACSO, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, esa entidad que buscó crear una red de los distintos centros de investigación en ciencias sociales de toda nuestra América. Recuerdo que me tocó participar activamente en el Consejo Directivo de CLACSO entre los años 1972 y 1979, y recuerdo también esos años como un intento por institucionalizar el espacio de pensamiento, al que lo queríamos definir de tal manera que sigamos pensando con la necesaria libertad al Príncipe que toda democracia tiene. La democracia, me dijo un ex-presidente, consiste en saber hacer maletas, y es una gran verdad. El Príncipe democrático es de corta duración, aunque aquel que está en la lucha cotidiana tiende a la mirada de largo plazo.

La pasión es mala consejera para poder interpretar fenómenos. De ahí que la relación entre el académico y el político es una relación compleja. He estado en ambos lados de la mesa y estoy consciente de que el político sí necesita la pasión para poder llevar adelan-

te el proyecto en el cual cree, porque sin ese proyecto no se justifica la acción del político que pide, con tremenda inmodestia, el voto a cada uno de sus conciudadanos. Cuando no existe esa convicción del proyecto, se está muy cerca de la mayor de las corrupciones. En el fondo, es buscar el poder por los halagos del mismo y no buscar el poder por la capacidad de hacer cambios que conlleva.

En esta capacidad de cambios reconozco que tal vez la frase de Lord Keynes es cierta: “detrás de todo hombre de acción hay alguien, un economista tal vez ya difunto, del cual es esclavo respecto de sus ideas”. Y entonces, ¿qué es más importante, el académico o el hombre de acción? De hecho, hay una interacción, pero en el largo plazo, son las ideas del cientista las que permanecen y mueven al mundo. Por tanto, no es menor la responsabilidad del cientista social y no es menor su responsabilidad en un continente como este, donde hace falta más análisis, más observación, menos descalificación y más frialdad para mirar al mundo en el cual nos estamos adentrando.

Es en ese contexto que llego acá, con esta vida un tanto irregular, del que fue ayer académico y que ahora viene dejando cargos de mucha acción. Al recibir este homenaje de

FLACSO lo entiendo como el deseo de querer reconocer los esfuerzos de quince millones de chilenos para poder transitar de la dictadura a la democracia. En ese tránsito debimos darnos cuenta que ha habido otra transición más difícil que no se muestra bajo los reflectores de la televisión o ante las cámaras del momento. Ese es el tránsito de un país que quiere alcanzar los umbrales del desarrollo al cumplir 200 años de independencia, nuestro bicentenario. Es ahí cuando nos dimos cuenta de que es en esa tarea más difícil, más ardua, más compleja (cuando las luces no son suficientes) que debemos recurrir a las ciencias sociales.

Menuda tarea que a modo de agradecimiento les dejo a ustedes cientistas sociales de esta Facultad, a la cual llevo dentro del corazón como parte de mi propia historia. Esta es la historia que vivió un latinoamericano que anduvo por esta América nuestra en uno u otro carácter, ya sea como cientista social ayer o como dirigente de un pueblo más recientemente, pero en ambas calidades, entendiendo que tenemos que esforzarnos para construir un mundo mejor.

Muchas gracias.

Quito, 24 de mayo de 2006